

no pretendia que ésta fuese el único ejercicio de piedad; pues sus religiosos no oraban juntos, sino que se dividían en varias tandas, entregándose unos á diferentes ejercicios, mientras que otros cantaban las alabanzas divinas.

Es verdad, como hace notar Bulteau que hay algo extraordinario en estos actos, y que no debe ser imitado, así como también hay en Tillemont algunos pasajes críticos que no son favorables al ilustre varón de que tratamos, pero estos mismos actos son muy justificables, como hace constar Bolando en sus notas marginales. Hay efectivamente, en la vida de los siervos de Dios cosas extraordinarias, de que no podemos formar un juicio exacto, porque para hacerlo, sería necesario haber vivido en su tiempo, haber presenciado todas las circunstancias, y haber penetrado en sus disposiciones interiores, lo cual solo Dios puede hacer. Por último, si, según el oráculo de Jesucristo, el árbol se conoce por sus frutos, no hay más que considerar los grandes servicios que el orden de los ascetas ha prestado á la Iglesia para juzgar favorablemente de su fundador.

---

#### RABULO, MONJE Y OBISPO DE EDESA, SAN JUAN CALIBITA.

Hemos dicho en la vida de Alejandro, que Rabulo, que era un gran señor y prefecto de una ciudad pagana, se convirtió al cristianismo. Su familia siguió su ejemplo, y su mujer edificó un monasterio, en donde, habiéndose consagrado á Dios juntamente con sus hijas y sus criadas, perseveró hasta el fin de sus dias en los ejercicios de la vida

religiosa. En cuanto á él, abrazó la vida monástica, y se sujetó á las máximas de desprendimiento de las cosas mundanas, que aprendió de Alejandro, de quién se hizo fiel discípulo. El escritor de las actas de Alejandro, dice que Rabulo llevó una vida tan austera y santa, que no parecía estar revestido de carne mortal. Sus ayunos eran muy largos, sus vigiliias casi continuas, y todas sus ocupaciones consistían en orar y gemir por el tiempo que había pasado en las supersticiones de la idolatría.

Después se le sacó de su retiro para colocarle, cual brillante lámpara sobre el candelero, y por todos los habitantes de Edesa fué elegido metropolitano de Mesopotamia. Cumplió con tanta exactitud este cargo, que, según dice su historiador, fué el maestro de toda la Siria, de la Armenia, de la Persia y de casi todo el Oriente.

Su celo por la conversión de los paganos se demostró principalmente en el cuidado que tomaba por la educación de los niños. Como en el gran colegio de la ciudad había muchos de las provincias inmediatas, los llamaba á sí todos los meses, les enseñaba los misterios de la fé y las máximas del Evangelio: después los bautizaba, y cuando los veía bien instruidos en la religión, los enviaba á su país, y de este modo propagaba la religión cristiana.

Por esta época empezaban á tener resonancia los errores de Nestorio, y Rabulo se puso en un principio de parte de Juan de Antioquía, que apoyaba á este heresiarca juntamente con un gran número de obispos orientales. Pero no tardó en abrir los ojos, y en declararse adversario de estos dogmas impíos, lo cual hizo decir á san Cirilo que Rabulo era el fundamento y la columna de la verdad para todos los orientales. Arrojó del colegio de Edesa á todos los que sostenían los errores de Nestorio, y con el mismo celo se declaró contra Teodoro Mopsuesteno, á quién anatemizó en plena iglesia, así como á los que leían las obras de este

autor, ó no se las traían para que las quemase, y á los que leían lo que los orientales, y principalmente Andrés de Samosata, habían escrito contra los Anatematismos de san Cirilo, ó no estaban conformes con los sentimientos de este santo Padre.

Esto le atrajo una persecución de parte de los sectarios de Nestorio, y el odio de Ibas, que entónces pertenecía á su clero, y que le trataba de tirano y de perseguidor de la Iglesia, todo lo cual puede verse detalladamente en la historia eclesiástica. Rabulo, según el autor de la vida de Alejandro, fué treinta años obispo de Edesa, y Bulteau y Tillemont siguen esta opinión; pero Assemani, apoyado en la crónica de Edesa, dice que fué obispo desde el año 412 hasta el de 435, y por consiguiente, que su episcopado no duró más que veintitres años.

En su avanzada edad perdió la vista, sin que por esta causa dejase de obrar, pues asistió al concilio celebrado en Armenia hacia el año 435, en donde se condenó la carta de Teodoro Mopsuesteno, y murió poco tiempo despues.

Tenemos dos Vidas de san Juan Calibita, puestas por Bolando el 15 de enero; y se prefiere la primera, por considerarla más exacta, que segunda traducida por el cardenal Sirlet, y que se atribuye á Metafraste, ó á algún otro griego de la edad media. Seguiremos, pues, la primera, para no exponernos á copiar las faltas de la segunda.

Eutropio, general de las tropas de Teodosio el Joven, tuvo en Constantinopla tres hijos, dos de los cuales ocuparon empleos correspondientes á su nacimiento; miéntras que el menor, de quién aquí hablamos, tomó por herencia la cruz y la santa abyección de Jesucristo,

Fué educado en las letras y en el santo temor de Dios, conformé á la condición y á la piedad de sus padres, y desde su juventud demostró gran desprecio á las riquezas y á la vanidad mundana. A la edad de doce años se le veía

frecuentar las iglesias, entregarse noche y dia á la oración, y dar señales de la virtud perfecta á que en breve se había de elevar.

Un religioso de la comunidad de los ascemetas fué en peregrinación á Jerusalem, y á su paso por Constantinopla se hospedó en el palacio de Eutropio. Con este motivo tuvo Juan lugar de tratarle, y su corazón quedó tan abrasado en el fuego de la devoción, que se informó de las condiciones de su retiro, del lugar en que se hallaba su monasterio, y del superior que lo gobernaba. Cuando este religioso hubo satisfecho á sus primeras preguntas, y á medida que avanzaba en los detalles de la vida religiosa, parecía como que sus palabras caían en el corazón de Juan cual maná delicioso, que saboreaba con dulce devoción. Estrechándole la mano, le hizo prometer que á su regreso de los santos Lugares, pasaría por Constantinopla, y le llevaría consigo á su monasterio.

Cuando hubo partido el religioso, no se ocupó Juan en otra cosa que en renunciar al mundo, y miéntras que los jóvenes de su edad sólo piensan en pedir dinero á sus padres para satisfacer sus placeres y su vanidad, Juan sólomente pidió á los suyos que le proporcionasen un libro de los santos Evangelios. Esta petición no podían negársela por ser muy conforme á sus piadosos sentimientos, y le proporcionaron uno muy bello, tanto por sus caracteres como por su encuadernación.

El ascemeta no faltó á su promesa, y en ello experimentó Juan un grande placer, que compara su historiador al que siente el ciervo sediento al percibir una fuente de cristalina agua. Salió de su casa para ir á la escuela, como acostumbraba, no llevando consigo más que el libro del Evangelio, y juntamente con el ascemeta emprendió el camino del mar, subiendo á un buque que los trasportó al sitio en que estaba el monasterio por que suspiraba.

El religioso que le acompañaba previno al abad acerca de los piadosos designios del jóven y de la excelente condición de sus padres, y le dió cuenta de lo ocurrido. San Marcelo, que se cree ser éste excelente superior, opuso alguna dificultad en admitirle, atendida su corta edad y la delicadeza con que habia sido criado. Le expuso las austeridades de la regla, y cuanto era de temer, que, una vez pasado el primer fervor, se relajase á causa del excesivo trabajo, y arrastrase en su relajación á los demás religiosos. Sin embargo, para no rehusar enteramente sus súplicas, le permitió permanecer cuarenta dias en el monasterio, para que viese más de cerca los ejercicios que se practicaban, y se pudiera juzgar de su perseverancia. Pero Juán, arrojándose á sus pies, le suplicó encarecidamente que no dilatase admitirle en el número de los hermanos, hasta conseguir que el santo abad le cortase el cabello, y le vistiese el hábito religioso.

Inútil es expresar el dolor de sus padres, cuando vieron que no volvía. Le buscaron por todas partes, y aún cuando el monasterio no distaba mucho de Constantinopla, no creyeron que se hubiese retirado á él, disponiéndolo así la divina Providencia, para que no viniesen á arrancarle de su retiro.

Pasó seis años practicando con gran fidelidad la regla y las virtudes propias de su estado, y sirviendo á los demás de modelo de humildad y de obediencia. Pero al séptimo año el enemigo de las almas, enfurecido de ver su fervor, le representó tan vivamente en la imaginación la inquietud y tristeza que habia causado á sus padres, y excitó al mismo tiempo en su corazón una ternura tan grande hacia ellos y un deseo tan vivo de verlos, que en poco tiempo se fueron debilitando sus fuerzas, y estuvo en peligro de muerte. Viéndole tan demacrado su superior, y atribuyendo la causa á algún exceso de penitencia que practicase secreta-

mente, le dijo que no era propio de la virtud ni del buen sentido practicar tantas austeridades, y le exhortó á moderarlas. Pero Juán, que no sabia fingir, le confesó ingenuamente que su mal no procedía de otra causa, que del deseo que tenía de ver á sus padres: que reconocía que era una tentación del demonio para turbar su alma, pero si quería concederle su permiso para hacer este viaje, esperaba que Jesucristo le concedería la gracia de conducirse de tal manera, que, léjos de ser vencido por el enemigo, triunfaría de él, siempre que contase con sus oraciones y con las de sus hermanos.

El abad que no podía esperar semejante petición, sintió, su corazón traspasado del más vehemente dolor. Le recordó los grandes deseos que habia manifestado de ser admitido en el monasterio, y que, al concedérselo, se habia hecho á sí mismo grandísima violencia. Le pidió que cambiase de sentimientos, acompañando su exhortación con abundantes lágrimas. Sin embargo, á la mañana siguiente, reuniendo á todos los religiosos, le concedió en presencia de ellos el permiso que solicitaba, y le dijo con voz entrecortada por los sollozos: « Parte, pues, hijo mio, y que el Señor guie tus pasos según su santa voluntad. »

Por grande que fuese el deseo que tuviera Juán de ver á sus padres, no pudo dejar la compañía de sus hermanos, sin que el corazón se le desgarrase de dolor: así es que, al despedirse de ellos, derramó abundantes lágrimas, así como ellos, y cuando se puso en marcha, volvía de cuando en cuando sus ojos con sentimiento de dolor hacia el monasterio, hasta que lo perdió de vista. Dios que quería hacer en él un ejemplar de su gracia, cambió sus sentimientos de ternura en sentimientos de una mortificación heróica, y le dió fortaleza para hollar bajo sus pies al enemigo, que parecía haberle vencido. A su paso encontró á un pobre lleno de andrajos, que combió por su hábito,

para ser ménos conocido, y con tan mezquino equipaje se dirigió á Constantinopla. Cuando vió la casa de sus padres, levantó su espíritu al Señor, y le rogó que, puesto que le había concedido la gracia de despreciar desde su juventud los honores y las riquezas del mundo, no permitiese que su corazón fuese en busca de ellos, y que le ayudase á vencer á su enemigo, que tan tentadores lazos le tenía.

Después de esta oración, se colocó muy de mañana á la puerta del palacio, esperando que la abriesen. El criado que lo hizo, le preguntó lo que deseaba; pero los andrajos de que estaba cubierto indicaban claramente que pedía limosna. Algún tiempo después el intendente de la casa le permitió que se alojase en una pequeña habitación, desde la cual veía á los que entraban y salían. Todos los días, por lo tanto, veía á sus padres y hermanos, y tenía que sufrir de los criados desdenes é injurias. En estas pruebas tan duras la naturaleza le daba asaltos muy violentos, y necesitaba de todos los auxilios de la gracia para no darse á conocer; pero la oración le alcanzó el don de la perseverancia, para triunfar generosamente de la naturaleza.

Su padre, que era muy caritativo para con los pobres, y que no había opuesto dificultad en que Juán ocupase aquella pequeña habitación de su casa, se fijó atentamente, al cabo de un año en su paciencia, y mandó á sus criados que le llevasen de los mismos manjares de su mesa. Juán los recibió con humildad y reconocimiento; pero no comía más que lo absolutamente necesario, dando lo demás á los pobres. Pero Dios quiso que además sufriese otra prueba muy dolorosa de parte de su madre. Salía esta señora un día de su palacio acompañada de numeroso cortejo y habiendo dirigido casualmente su mirada al pobre Juán, sintió grande disgusto de verle tan miserable y andrajoso; por

lo cual ordenó que se le retirase de aquel lugar, para que no le viese á su paso.

Dos años sostuvo este combate, no cejando nunca en su resolución, y al tercer año, Dios le reveló que moriría tres días después, lo cual fué para él un motivo de consuelo, después de haber sufrido tantos trabajos y humillaciones. Su corazón se ensanchó, y la gratitud hizo brotar de sus ojos lágrimas de gozo y fervor. Dios, que al mismo tiempo quería dar á conocer al mundo su virtud, que hasta entonces había quedado oculta bajo el velo de la pobreza y de la humildad, le inspiró hablar á su padre sin darse á conocer, y rogarle que alcanzase de su esposa que no se desdenara de bajar á su habitación, aún cuando él fuese un miserable mendigo, pues Jesucristo quiso abrazar la pobreza por nuestro amor. Quedó muy admirada esta señora, y preguntó á su marido, si era decente que fuese a ver á un pobre tan mal vestido. Léjos de rehusárselo este señor, la exhortó á hacerlo, diciéndole que Dios tenía predilección por los pobres. Por fin se determinó á hacerlo; pero en lugar de ir á la habitación en que estaba, ordenó á algunos de sus criados que lo trajesen á su presencia. Cuando el pobre Juán compareció, le dijo que la molestia que estaba causando iba á terminar con su muerte, y Dios, que miraba como hecho á sí mismo todo cuanto se hace en beneficio de los pobres, no dejaría de recompensar la caridad que habían ejercido con él, y por último, le rogaba que se le diese sepultura con sus andrajosos hábitos en el mismo lugar en que habitaba. Así se lo prometió la señora, y al mismo tiempo Juán le dió, como única cosa que poseía el libro de los Evangelios, diciéndole: Deseo, señora, que este libro sagrado sea para vos y para vuestro esposo una señal de protección en esta vida y una prenda para conseguir la futura. Aceptólo guslosa su madre, y quedó sorprendida de que un libro tan hermoso y bien acondicionado estuviese en manos

de un hombre tan pobre. Retiróse Juán, y examinando su madre más atentamente el libro, se dijo á sí misma. « En verdad que este libro se parece mucho al que dimos á nuestro hijo Juán. Esta idea le despertó el recuerdo de su hijo, á quién creía perdido, y al regresar por la tarde su marido al palacio, le enseñó el libro, y le manifestó sus sospechas. Conoció este señor que aquel era efectivamente el libro que habían dado á su hijo ántes que desapareciese, y se trasladaron en seguida á la habitación de Juán, para que les dijese el tiempo en que lo había adquirido, esperando de este modo tener alguna noticia de su hijo.

Le hicieron muchas preguntas, rogándole que nada les ocultase, y entónces el Santo, que sentía hallarse próximo á su muerte les dijo, que ellos mismos eran los que se lo habían dado. Al oír estas palubras, se fijaron más atentamente en él, y le reconocieron á través de la mudanza que en su semblante había producido la penitencia. El gozo de verle y la pena de perderle trabaron una especie de combate en sus corazones, y se entregaron á los trasportes del más acerbo dolor.

Juán, por su parte, esperaba con confianza el último momento de su vida, y al fin, espiró dulcemente tres ó cuatro horas despues de haberse dado á conocer. Su madre, olvidando en su dolor la promesa que había hecho de enterrarle con sus pobres vestidos, le puso una rica vestidura, pero al punto quedó paralítica. Su marido le hizo observar, que esta nueva desgracia tal vez reconocería por causa el no haber ejecutado la voluntad de su hijo, y no quedó curada hasta que el cadáver fué nuevamente cubierto con sus andrajos.

Muy pronto se supo en toda la ciudad lo que pasaba: las gentes corrián en tropel, unos felicitando á sus padres por la santidad de su hijo, y otros llorando con ellos su pérdida. Le enterraron, por último, en la forma que ha-

bía manifestado, y sobre su tumba edificaron una iglesia, para dar gracias al Señor. El ejemplo de la penitencia de su hijo reanimó en sus corazones los sentimientos de la piedad cristiana, y emplearon una parte muy considerable de sus bienes en enriquecer esta iglesia y en socorrer á los pobres.

Se cree que este Santo murió hacia el año 464.

---

#### SAN MARCELO, PROPAGADOR DEL ORDEN DE LOS ASCOMETAS.

Surio nos ha trasmitido la vida de san Marcelo escrita por Metafraste, lo cual no previene mucho en su favor, pero los más severos críticos han debido encontrarla verídica, pues se halla conforme con los historiadores de su tiempo, está escrita en un tono grave y edificante, y Metafraste debió haberla tomado de algún original antiguo, hecho por persona muy erudita. Así lo cree Tillemont. Baillet habla muy favorablemente de ella, y sin citar á Baronio, á Godeau y á otros muchos, Bulteau y Fleury han tomado de ella lo que han escrito acerca de este Santo.

La ciudad de Apamea en Siria fué la patria de san Marcelo. Sus padres éran muy considerados por su nobleza y opulencia. Los perdió hallándose aún en la flor de su edad y aún cuando por esta circunstancia quedó exento de la patria potestad, no abusó de su libertad ni de sus bienes, sino que miró con horror los placeres sensuales, y se retiró á Antioquía para entregarse á los estudios que pudieran llevarle á la práctica de la virtud cristiana. Era el único designio que se proponía, y para conseguirlo, buscó un